

curo misterio que tú llamas el mal? El vuelo más ó menos pesado en el aire es más ó menos denso; el águila es hecha para el éter, el espíritu hecho para el amor. Algún día se te aparecerán esos equilibrios.

Cómo de lo ideal es capaz lo real; cómo nos es palpable lo que os está oculto; cómo vuestro visible es nuestro invisible; cómo hay un mundo abstracto, terrible y dulce que no veis y que se mezcla con el vuestro, de igual modo que, rama con rama, un árbol se introduce en otro; cómo el universo une, en un orden eterno, el engranaje moral y el carnal rodaje; cómo á los hechos vivos que lloran, cantan y rugen, corresponden, en la idea y el espíritu, otros hechos; cómo en el centro único en que está todo el ser construído, con el zodiaco resplandeciente de la noche, gira el espantoso zodiaco del misterio; cómo, hablando, la sombra parece callarse. Podrás concebir tal vez estos hechos cuando tus ojos, engrandecidos por la muerte, puedan ver, como ves el azul con millones de hogueras, la formidable constelación de las almas.

## XL

## LA CIENCIA Y LO ABSOLUTO

—Síntesis,—dice el cielo.—El hombre dice:—Análisis.

Decís vosotros:—«Todo vegeta ó se mineraliza.

Nuestros padres se aturdían á fuerza de pensar.»— Tijereteando es como creéis hallar algo. El rayo, que hiciera temblar al mago y al druida, en estos momentos ¡oh sabios! es para vosotros un flúido que ha de ser vidrioso, si no es resinoso; el alma es un gas; ciertos animales lo poseen. Disecáis el milagro, hombres; hacéis química con el sueño de los profetas; declaráis sagrado el crisol *principium et fons*; encarnizados, cortáis los prodigios profundos, impalpables, sordos, enteros, incorruptibles, en menudísimos pedazos; para vosotros, lo único real es el momento presente. ¡Ciencia, tu escalpelo no enseña sino destruyendo! Si no fueras ciencia, se te tomaría por envidia. De la naturaleza, augusta púrpura de la vida, hacéis un harapo, ¡oh vivos!, un jirón, una triza, un nada. Y el gusano de la tumba llama á eso, como vosotros le llamáis, aprender. ¡Tú sabes! ¡Tú no haces otra cosa que descomponer el ser!

★

Sabed, pues, que sigue, puesto que aprendéis.

Los flúidos, arrastrados por un soplo invisible, no saben donde están los polos de la pila. ¿Quién no sabe algo de óptica? La pupila. La cifra no sabe álgebra; el elemento no sabe ciencia; el ser es imán que todo lo atrae hacia sí sin conocer las formas; todas las fuerzas son ciegas, enormes.

Lo absoluto; he ahí el hecho inmóvil y total. Lo absoluto no conoce, enanos, vuestros pedestales, ni vuestras visiones, larvas, vuestros ruidos, títeres, ni vuestro hormigueo de ojos, de espíritus, de lentes, vuestra oscilación, vuestra onda, vuestra ola; no sabe si son cinco los minutos que la luz necesita, en el

fondo de las azules obscuridades, para franquear treinta y cinco millones de leguas vuestras y bajar del sol, brasa del infinito, á la tierra, globo espantoso, impuro, leproso, desterrado, á rodar en vuestro montón de sombras inferiores ¡oh vivientes!, y si son quince días ó diez y seis horas el tiempo que necesita la limaza para andar una milla inglesa. Y no conoce al gnómón cuya sombra yerra en el fondo de vuestros palacios, ni el reloj de vuestra existencia, tenebrosa sordina que, en vuestro vacío, estúpida, se bambolea, ni la aguja del cuadrante, pesado caballo atontado que gira, sacando la hora del pozo eternidad, para vaciarla ruidosamente sobre vuestras cabezas frágiles, ni vuestros rayos, ni vuestras longitudes, ni vuestros bronce, ni vuestras arcillas, ni el ritmo de vuestras voces, ni los descarríos de vuestros pasos, ni vuestros espacios, ni vuestros tiempos.

Si el placer duradero agoniza en sufrimiento; si el nombre de Shakespeare, yendo de Londres á Francia, empleó ciento cincuenta años para pasar el estrecho; si el Ecuador tiene calor y el Polo frío; si un Alizuber (1), teniente del profeta, atravesando los combates como un sombrío festín, no salió nunca de ellos sino ensangrentado, polvoriento, humeante, sin recoger por la noche el polvo de su negro traje para depositarle en su tumba; si el Crédito territorial vale más que el Grand' Combe; si Luis el Grande venció en Flandes, gracias al consejo de Harcourt ó al parecer de Torcy; si Tiberio César bogó en su galera, y piensa en lo que dice el viento, ese demagogo; si Pablo es ortodoxo y Felipe es ariano... lo absoluto

(1) Almanzor.

no ve nada, no sabe nada de esto. Lo absoluto no sabe poco ni mucho que yo existo, que vosotros existís. Sólo, ni bueno ni malo, por encima de nuestras cabezas, tiene, dejándonos hablar bastante, poco, demasiado ó mucho, la imparcialidad terrible del que lo es todo: el alma la tiene él; lo invisible lo ve, lo imposible es él; lo que él comprende es lo incomprendible.

Si lo absoluto pudiera, en el abismo en que me encuentro, inclinarse hacia el insondable espacio de las noches, en el que se muestren, obedeciendo á la ley de los grandes antros, los globos luminosos que creéis centros; si él, el ojo providencial, llegara á ver eso, su estupor comenzara al reparar en ese pobre pequeño cielo, en ese firmamento débil que apenas dora un rayo, en esa baba de fuego que llamáis auro-ra, en ese sol que pestañea bajo una nube negra, cuyo escaso esplendor se esparce por el azul sin siquiera hacer bajar el párpado al águila, en esa sombra misma y en la lentitud de la babosa de luz.

## XLI

Sufrimiento, ¿eres tú la ley del mundo? El hombre viene á éste triste y se va desnudo, nace débil y muere inundo. ¿Eres acaso el fondo de lo desconocido?

Los granizos, los rayos, las trombas; los martillos asesinando á los clavos; el grano en el pico de las palomas; el cordero entre los dientes del lobo;

el tigre, teniendo el horror secreto de su propia ferocidad; el león, esa fiera anacoreta que aúlla en las inmensidades;

el niño que muere, alma que naufraga; el lirio que se corta apenas abierto; los marineros que se traga en la sombra la siniestra baba del oleaje...

En todas partes las asechanzas fúnebres, el gladio, la garra, el diente, ojos fijos en las tinieblas; el crimen en acecho y correteando.

La abeja rechaza á la avispa; el tambor llama á los hombres á la guerra; un horizonte velado por una gasa; crece la sombra y disminuye el amor;

las discordias se extienden; Caín, Nemrod, Nerón, Macbeth... Los corazones de todos los hombres penden del odio, ese gran cadalso.

La duda surge de la tumba; y de lo alto del cielo sin claridad, parece desprenderse una eterna noche sobre la lúgubre humanidad.

¿Todos esos dolores son el orden? El aire del sepulcro invade el firmamento, y en el abismo se ve cómo se retuerce la de los brazos misteriosos, la noche.

Y todos esos horrores tienen á un tiempo este lamento; y de todas esas sombrías bocas se oye salir esta voz:—¡Dios! ¿Qué hizo la criatura? ¿Y por qué es castigado el ser? Tal es el gran grito de la naturaleza en el gran luto del infinito.

## XLII

Hombre, los avatares y las metempsicosis en la formidable inmovilidad de las cosas; el fulgor rojizo que aparece en la cima de los Thabor; el destino, abismo cuyos bordes trata de asir Job, en el que Platón se espanta, en el que el mismo Cristo teme al flujo y reflujo de la ola de la duda; el alba en flor; las tumbas interiores encarnadas; la pequeñez obscura y lúgubre de los soles; la enormidad, sondada en vano, del grano de arena; los inusitados rayos de lo inconmensurable; el mundo inmediato, para los videntes horroroso; los arbustos, los zarzales, las rocas imponentes; la sordera, más sombría aún que el silencio; el mar triste, oscilando como una balanza; el escollo sangriento, la ola desmesurada, babeando en los gemidos lamentables del aire; la tempestad, sacudiendo la crin de los relámpagos, no se interrogan en el horror de los caos vagamente percibidos, de la misma manera que el obispo Pallade ó el fraile Pyrro.

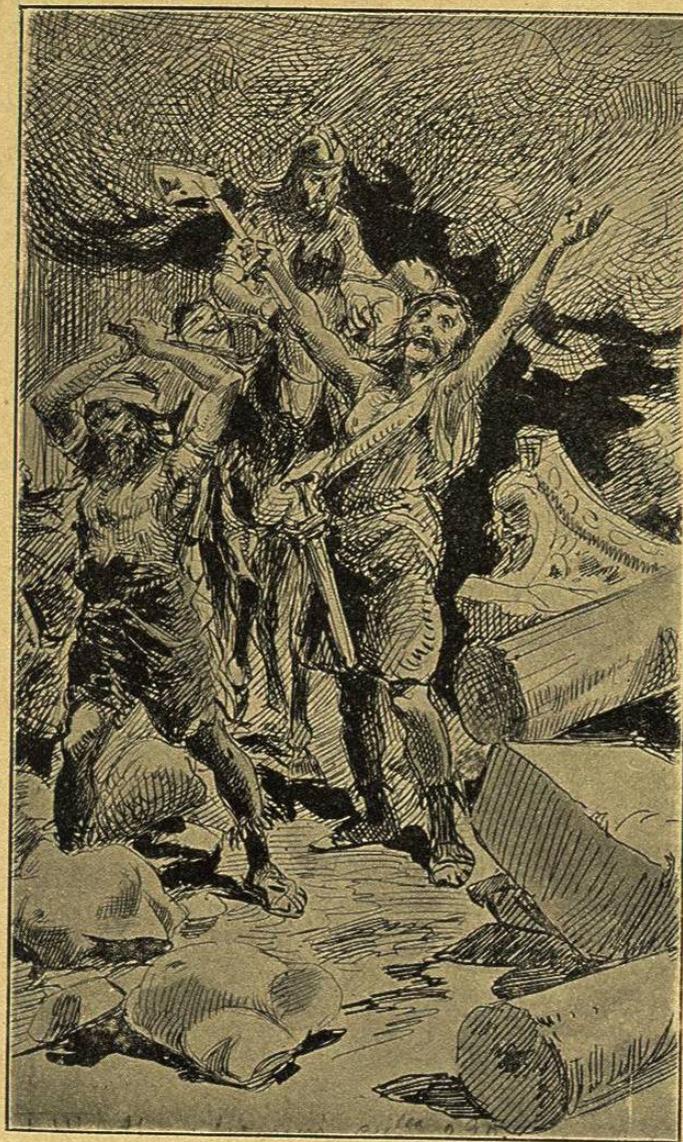
## XLIII

## HOMO HOMINI MONSTRUM

¿Tienes, hombre, en el fondo de tu conciencia una medida segura para pesar, para contar, para clasificar? ¿No eres tú mismo tu propia admiración? Te

asusta lo que miserablemente ejecuta el género humano, y no sabes qué has de creer de ello. El hombre molesta al hombre. ¿Oyes gritar á la evidencia ante tu propia historia? Ea, explícate. ¿Quién es el asesino: Bruto al matar á César, ó César matando á Roma? Aun cuando el áspero Dante y aquel otro á quien se conoce con el nombre de Tácito y el llamado Juvenal residieron en tu alma formando un tribunal, Minos el uno, Eaco el segundo y el tercero Rhadamanto, no sentirías aumentar la luz, la justicia y la razón, así en tu corazón como en el horizonte. He aquí el animal fiero y la bestia de carga; de un lado el emperador, del otro el hombre; Claudio y el género humano, Tiberio y el universo. ¿Es uno más abyecto que perverso el otro?

Mira como la noche amontona las nubes, las sombrías legiones regresan; pasan los soldados, águila y bandera al viento, bajo los arcos triunfales; el pueblo aplaude desde lo alto de los tablados; al ruido de los clarines unen alguna estrofa salvaje:—«Somos compañeros de destrucción y de gloria, oh Cómodo, emperador igual á Júpiter! ¿Quién podría contar las olas del mar, los reyes que subyugaste, los muros que enrojecimos?» Pasan, portadores de ópimos despojos. Delante va el amo inmenso, el vencedor; toda Roma á sus piés no es más que un inmenso coro; anda, precedido de la charanga altanera, y el circo se estremece; en el negro bestiario, grandes tigres están en pie abriendo las patas delanteras, y para ver pasar al hombre á quien Dios lo entrega todo, al César adorado por el globo que él saquea, recuestan su vientre fiero en los barrotes de la jaula. Y mientras tanto, César, satisfecho de la buena acogida; César, cuya luz está hecha con el duelo de naciones sobre las cuales pesa la obscuridad profunda, el emperador imponen-



te de aquella noche del mundo, dando las gracias á los dioses, da al pueblo de Roma un banquete en el que se beberá sangre humana, en el que el bruto de los bosques y Roma soberana rugirán juntos en la arena, en el que el incienso humeará entre los gritos de espanto; un festín de cristianos, de mártires, de cautivos, de esclavos procedentes del Euxino ó del Tajo, en el que el pueblo se sentará á la mesa y la fiera comerá. Responde:—¿Quién es el monstruo entre el tigre y el hombre? Y luego, cuando oigas en lo alto los gritos de:—¡Castiguemos! Cuando la historia vea, en la noche pronta á nacer, la reaparición de los antiguos demonios del hombre, y con los brazos elevados hacia el cielo, grite:—¡Ahí tienes á Caín en Constantino, á Nemrod en Atila! Cuando Roma, el mundo, vacile; cuando, para tragárselo todo, vengan en la misma onda la espantosa barbarie y el radioso Cristo; cuando todo, leyes, costumbres y dioses se deshaga; cuando la Ciudad eterna, reina esclava, presa de los eunucos, cuya alegría desconocida haga llenar su copa con una risa impura, oyendo tras de sus murallas el paso de Alarico; cuando Roma no tenga ya sino el inmundo valor de esperar la violación, de codos en la orgía; cuando la suerte dé el escándalo de embriagar á aquella prostituta antes de entregarla; cuando la fatalidad dé la asonada del visigodo, del huno estúpido, del vándalo, ¿qué harás tú, qué dirás? Cuando las calamidades sean como magistrados; cuando el alba y la tumba estén mezcladas; cuando todo sea tan justo y tan cruel que parezca que Dios sea el segador y Satán la guadaña, ¿qué sabio de entre vosotros distinguirá lo falso de lo verdadero, el sí del no, el rayo de la luz, lo que se ha de condenar, de lo que es necesario absolver, el héroe del bandido, el animal del ángel, el horroroso desbordamiento del diluvio normal? ¿Quién podrá hacer

la suma del bien y del mal en aquel espantoso derrumbamiento del hombre?

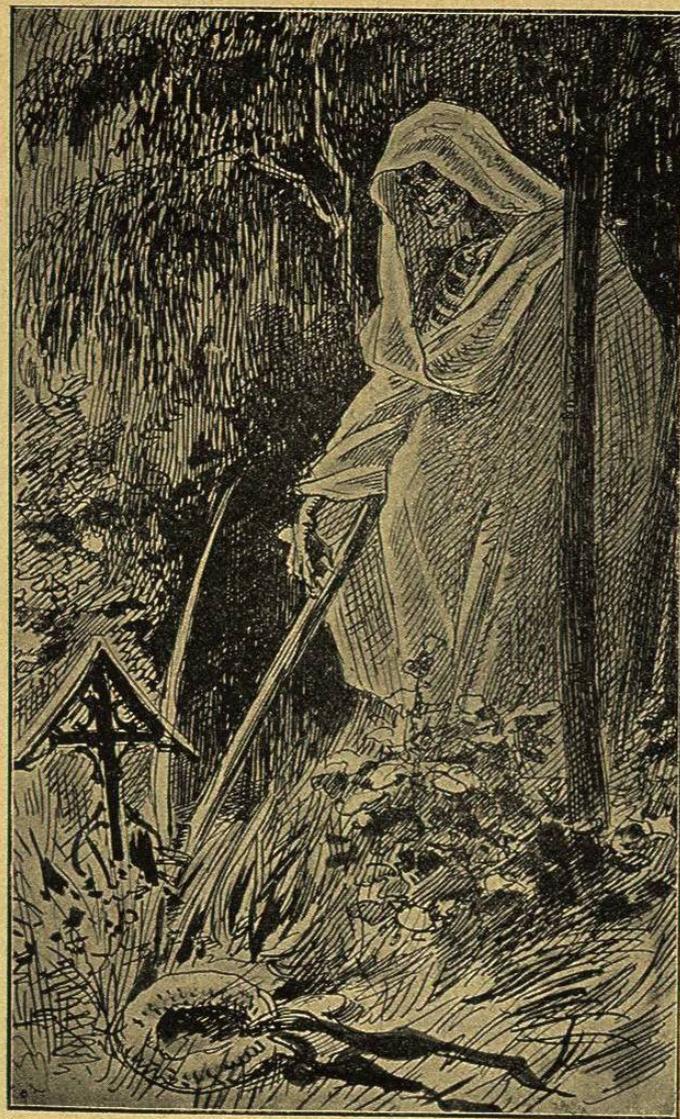
#### XLIV

##### LO QUE ES LA MUERTE

¿Qué idea tienes de la muerte, vano pensador?

Te estremeces ante la obscuridad, la bruma, la negrura, la tumba en el fondo de la suerte y la muerte infalible, porque este mundo es un templo terrible; te asusta el horroroso hormigueo de las fosas; si obligado te vieras á profundizar el sepulcro, éste, á través de su malsano y fétido vapor, te parecería un precipicio de inmundicias, lleno de seres bellos en otro tiempo, lúgubres en aquel instante, y en lugar de la pupila y del ojo irradiante, bajo sus párpados sólo verías un cráter horrible, de donde salen sus miradas transformadas en gusanos de tierra.

No. El féretro no es, hombre, lo que tú te figuras. La muerte, bajo el techo de las tumbas negras y frías, es la misteriosa y luminosa ofrenda; no es únicamente grande por el alma; lo es también por la carne, peso vil que yace sobre la tierra. La tumba, astro central hacia el que todo descende, arrojando un rayo doble á la doble frontera, transfigura el espíritu, transforma la materia. La muerte, que para tí es monstruoso espectro, ase al ser y le aplasta entre sus nudosos dedos, y, como lavandera arrodillada ante el río, limpia



los huesos, los cuerpos, la carne, viuda del espíritu, el harapo animal y el andrajo humano en un eterno chorro de luz. En el esplendor es donde se descompone todo. La muerte es la unidad que todo lo recobra.

¡Oh! ¡Cómo te deslumbraría esa oscura muerte, de la que sólo Dios sabe el secreto, si, cual nosotros, cuyo ojo ve el aspecto verdadero, en el espacio extraño y temible, pudieses ver doquiera y á la vez, y á todas horas, en rosas en la tierra, en fósforo en el cielo, en flores, en frutos, en savia, en perfume, en aurora, el nacimiento de la enorme y magnífica podredumbre!

## XLV

¿Por qué has de negar, hombre, lo que no ves? En dos partes iguales, á las que une una suerte común, lo visible y lo invisible hállase mezclado en un ser, al que la arcilla procura peso y que el espíritu penetra; este ser, compuesto de una y otra ley, come y piensa. Si quieres verle, mírate, hombre; tú no puedes ver lo celestial; y es triste cosa que así sea; se oculta á tus ojos carnales; pero existe. Este universo, abismo al propio tiempo que ascensión, este mundo de doble aspecto, esta creación cuya mitad espléndida no fué para tí hecha, no tiene, siendo la esfera una, verdadera, eterna, el lado del demonio sin el lado de Dios; el mono prueba la existencia del ángel, el hombre es el medio.